

A 40 años: Estado terrorista, memoria y política

Equipo Tiempo Latinoamericano

Tal es el *título* que propusimos para la discusión en nuestra última reunión de Consejo Editorial. Son tres ejes conocidos, reflexionados y discutidos a lo largo de los años. Pero el tenor de nuestra revista no se centra en la avidez de novedades teóricas sino en reflejar, de modo siempre aproximativo, algo de los problemas y conflictos que atraviesan a las diversas realidades, especialmente de los más pobres, marginados, oprimidos y explotados de la sociedad. Pretendemos volver a dichos ejes porque creemos que aun siguen abiertos ciertos interrogantes. Interrogantes que subyacen en la vida social en general y en la vida y praxis de diversos sujetos políticos (militantes sociales, políticos, culturales, religiosos...). De la discusión han surgido algunos insumos para repensar lo vivido y aprendido en estos últimos 40 años y repasar lo experimentado en los últimos sucesos políticos del país (2015-2016). Por ello nos preguntamos: ¿Existe alguna relación entre los últimos resultados electorales

y las políticas de memoria implementadas desde el estado (en sus diferentes niveles: nacional, provincial, municipal), como desde las organizaciones de DDHH? ¿"Políticas de la memoria" equivale a "políticas de derechos humanos"?; las políticas de derechos humanos ¿no se las ha confundido o reducido a "políticas de la memoria"?; ¿Por qué estas confusiones o reducciones?

1. *El tema*: Para muchos el tema suena "reiterativo y cansador". Para algunos, volver sobre ello impide que "miremos todos juntos el futuro que nos espera". Para otros en cambio, revela la incapacidad política para pensar alternativas en el presente histórico, cargado de ambigüedades y contradicciones- como de hecho lo es siempre cualquier presente. Hay quienes señalan también que volver sobre las consecuencias de la última dictadura cívico-militar no hace más que re-victimizar a las víctimas, restándole o, peor aún, borrándole el

horizonte de emancipación que animaba sus praxis políticas. Se logra así que se recuerde más las acciones de la junta militar, el poder económico y el poder eclesiástico que las prácticas alternativas y críticas a lo establecido o aquellas relaciones humanas que ponían en jaque los modos de ordenar el mundo por parte de la dominación (sea capitalista, patriarcalista, racial, religiosa o cultural; o todo ello a la vez). Entonces: ¿En qué situaciones la memoria adquiere mayor capacidad de incidencia crítica en la sociedad?, ¿Cuándo se recuerda lo que el poder terrorista hizo o cuando se recuerda lo que se quiso hacer colectivamente y no se pudo? ¿"Nunca más terrorismo de Estado" o "nunca más" proyectos colectivos de emancipación, justicia social, igualdad, lazos solidarios, dignidad nunca negociada"? Sabemos que la respuesta está en mantener esa tensión, cuestión difícil de lograr en la vida concreta. ¿Qué respuesta es la que primó en estos últimos años en nuestro país?, ¿Alcanzó la reflexión de la memoria del pasado o ésta quedó restringida a algunos aspectos, soslayando otros? ¿No quedó - salvo aquellos casos donde se avanzó en la reivindicación de las luchas populares- en una mirada "nostálgica", de que todo pasado fue mejor, sin hacer esfuerzos de ensamble con las nuevas situaciones y paradigmas del presente? ¿Qué acento es el que se intenta imponer en la nueva situación político-

social del país?

2. *La memoria*: No hay pueblos sin memoria colectiva. Los pueblos siempre, por múltiples motivos y de diversos modos, reservan un lugar para la memoria. A ella recurren en momentos de estupor social, éxtasis colectivo, miedo o esperanza. El problema no es la "falta de memoria" sino los contenidos que ocupan la memoria colectiva. Dichos contenidos son producto de una disputa histórica donde se dirime la capacidad de seleccionar y sedimentar significados, símbolos, mitos, ideologías y creencias presentes en la subjetividad social.

Por ejemplo: una manera de esterilizar la memoria del estado terrorista es parcializarla y reducirla a las violaciones más terribles que aun hoy puede tener un efecto paralizante y desligado de la realidad cotidiana. A 40 años homenajear a las víctimas puede movilizar legítimos sentimientos ante el horror; pero también puede servir para paralizar el pasado e impedirle que incida como memoria activa, capaz de movilizar la participación, avanzar en el protagonismo social y abrir nuevas memorias. La palabra "tumba", utilizada por Obama en el Parque de la Memoria de Buenos Aires, ¿fue apenas una involuntaria equivocación?

La dominación, en sus múltiples formas, recurre siempre a versiones de

la memoria donde lo popular es adorno o relleno, nunca protagonista; se asienta en la ideología del sacrificio como único modo de ganarse un lugar en la sociedad -que “siempre es jerárquica”-y se muestra como “política de la felicidad posible” en tanto chantaje del “no hay alternativas fuera de nosotros”. La “política de la felicidad posible” es el conjunto de prácticas sociales diseñadas por unos pocos para unos pocos. Se trata de una felicidad para pocos, otrora llamada “felicidad burguesa”. Este modo de entender la felicidad es una técnica de dominación disfrazada de política. Se presenta como estilo de vida a alcanzar y se asienta en la naturalización de la desigualdad. La felicidad de unos pocos se transforma en modelo para todos, también para las mayorías populares que desean alcanzar su parcela de felicidad utilizando las formas de organizar y gozar el mundo de los grupos dominantes y acomodados. Se siente, se desea y se goza con los sentimientos, los deseos y el gozo del dominador. Ésa es la otra memoria que ha logrado incorporarse en la subjetividad social, en la cultura y en la vida cotidiana con mayor eficacia que las luchas populares de emancipación. ¿Cómo percibimos esta profunda incidencia? ¿Las memorias “neoliberales” (el “1 dólar = 1 peso”, por ejemplo), se introyectaron más profundamente que las memorias populares?

3. *Política*. Política es acción, praxis, decisión libre y pasión; no mecanismo.¹ Sin embargo, la política, para lograr eficacia, recurre a ciertos mecanismos, automatismos o “aparatos” donde la capacidad de decisión y deliberación quedan opacadas y hasta anuladas. Así la política desaparece y la decisión pasa a manos de esos artefactos, sean armados electorales, legalidades vacías (“la Justicia”) o estructuras impersonales (la “institucionalidad”). Por ejemplo: la economía pasa a regularse por el sólo automatismo del mercado o la democracia se reduce a democracia formal burguesa (división de poderes y elecciones) o los trabajadores sólo pueden organizarse a partir de la lógica de la burocracia sindical. En estos casos la política es minimizada y la acción política se reduce a mantener el artefacto: la institución, el partido, el Estado, “la democracia formal”, el sindicato, la iglesia o la organización militante. La funcionalidad de estos aparatos-instituciones anula entonces la política. Con todo, no hay política factible sin recurrir a esos aparatos. Entonces la política es la capacidad de interpelar constantemente esas formalizaciones que son inevitables. Nos preguntamos: ¿Hubo “política” en estos últimos años de democracia en nuestro país? ¿Cuándo hubo política y cuándo hubo sólo reproducción de esos automatismos? ¿Qué pasó con las

construcciones políticas y las organizaciones populares luego de la crisis del 2001?, ¿Cuánto de política y cuánto de automatismo hubo? ¿Qué es lo que primó?

4. La democracia deja de ser una mera formalidad cada vez que la política pone en discusión los diversos aparatos formales, cuando señala la peligrosidad de los automatismos institucionales, cuando opone resistencia a la lógica que deja en manos de unos pocos la decisión sobre la vida común. Y esa decisión tiene que ver con los contenidos “democráticos”: vigencia de derechos y condiciones de dignidad para los siempre excluidos de la mesa.

Puede entenderse entonces al terrorismo de estado y al estado terrorista como un aparato represor de la política en el sentido antes expuesto. La memoria histórica de la emancipación supondría recuperar el proyecto político, es decir, la política como capacidad interpeladora de aquellos automatismos que atentan contra la vida humana y contra la vida de la naturaleza. El estado terrorista impuso su “nunca más”: “nunca más” política, “siempre” reproducción de mecanismos automáticos de funcionamiento social. Ante ello, la memoria de liberación supone afirmar otro “nunca más”: nunca más dejar

librada la vida en común a un mero aparato de funcionamiento. Impedir que la “democracia vacía” se transforme en el absoluto sagrado e intocable que impide nuevas formas de ejercicio democrático alternativas a las formas que la reducen y desvirtúan.

5. Desde la tradición religiosa no sacrificial de liberación, ello se traduce del siguiente modo: el ser humano está por encima de la ley. El “estar por encima de la ley” es la política y “la ley” es el mecanismo automático institucional. El estar por encima de la ley no es la negación de la ley sino la afirmación de la libertad ante la ley.

6. Por lo tanto: No hay memoria emancipadora sin política y no hay política sin memoria emancipadora. Claro en las palabras. Profundamente conflictivo y azaroso en la vida cotidiana de los seres humanos. Se trata de una apuesta vital donde las señales de la memoria aparecen muchas veces con el rostro de la derrota. ¿Las nuevas urgencias cotidianas que emergerán con fuerza (desocupación, hambre, etc.) volverán a arrinconar en el pasado las memorias que podrían alentar nuevas esperanzas y nuevas militancias? ¿O todo está perdido? Por lo pronto: ¿Qué razones nos ofrecen los derrotados de la historia para redoblar la apuesta?

1. No abundaremos aquí en la distinción entre la política y lo político.